

der la corriente. En el kotta de Baron supe que la parte superior del Miri no ofrecia ninguna particularidad notable; y como la navegacion estaba interceptada por las islas y bancos de arena, y además, como no podia saber el tiempo que me detendria la crecida, tomé el partido de volver hácia el Kahayan (10 diciembre.) Desde que nos separamos de la orilla fuimos arrebatados por una rápida corriente; las islas que habíamos visto antes, estaban sumergidas, y el agua turbia se elevaba hasta las ramas de los árboles, bajo las cuales habíamos estado á la sombra.

Cuando llegamos al Kahayan, continuamos remontándolo y despues de algunas horas arribamos al kotta ó fuerte de Hampallas, situado á 0° 50' 20" al Mediodia del Ecuador. Este es el pueblo mas setentrional que se alza en las márgenes del rio, en otro tiempo acompañado de viviendas hasta cerca de su origen. La despoblacion de la comarca es consecuencia de las incursiones de los ot-punan ó njawong, pueblo errante en los bosques. Como todas las tribus de raza *ot*, se reúnen en pequeños grupos de cinco á diez, rara vez veinte hombres, y asaltan á las familias aisladas en los *ladang* (plantación, cultivo) los asesinan ó reducen á esclavitud. Precisados á emigrar, los ribereños de los orígenes del Kahayan, han descendido mas abajo, estableciéndose en las márgenes del Miri, del Sirat, del Sampa del Melahoui.

Desde el kotta de Hampallas puede irse en seis dias al nacimiento del Kahayan que sale de los montes Kaminting á los 0,° 20' latitud Sur y 111° longitud Este de París.

No teniendo ni las armas, ni las provisiones necesarias para emprender un viaje á las comarcas desiertas que baña el Kahayan superior; me resolví el 11 de diciembre á bajar este rio. Detúveme en el kampong Kanarang, que no habia visitado al subir, y ví á su entrada un grueso cañon de hierro oxidado, cuya historia no supieron contarme.

Visité asimismo el kampong de Aawon, á cuyo jefe hice el obsequio de un pabellon neerlandés. Allí encontré á un jóven de Pulu-Petak, que en sus viajes habia aprendido de otro *niadju* á leer y á escribir aprovechando sus conocimientos para hacer el plano del rio Katingan, plano que me cedió por 4 *gulden* (8 francos) y algunos cuadernos de papel.

Por la tarde llegamos al bale-tomoa de Pohon-Batu. Tundan me rogó con tantas instancias le siguiera á su casa, que tuve que subir por segunda vez á la roca de pórfido, donde tiene establecida su vivienda.

Hallábame en el término de mi viaje á lo largo del Kahayan: tenia que explorar ahora el curso del Rungan su mas importante tributario. En su virtud, resolví ir por tierra á las orillas de este rio y bajarlo hasta su confluencia con el Menoking, que volveria á subir para entrar en la cuenca del Katingan.

VI.

Distrito del alto Kahayan.—Tribus de los ot-danoms.—Sus usos, costumbres y supersticiones.—Vuelta rio abajo.

El distrito del alto Kahayan, comprendiendo toda la parte superior de la cuenca del rio, agua arriba del Labeo-Tampang, es el mas poblado de los tres que riega el rio. Consta de catorce kampongs y treinta y tres kottas y cuenta 7,308 habitantes, de los cuales 2,628 están establecidos á lo largo del rio, y los restantes en sus tributarios.

Los ot-danoms, que ocupan las márgenes de todas estas corrientes á escepcion de la parte del Kahayan, situada rio abajo del kotta Dewa, toman su nombre de la situacion del país que habitan. *Danom* significa agua y *ot* superior. Son de la misma raza que los homónimos del Kapuas-Murung y deben diferir poco de las tribus dayakes que viven en la parte oriental de la isla.

Sus principales industrias son el cultivo del arroz y el lavadero del oro. Cuando el polvo de oro se halla en el fondo del rio, se lleva al lugar donde están las arenas auríferas una pequeña almadia ó balsa provista de un apéndice de barrotes cruzados que se asemeja mucho á una reja guarnecida de su puerta. Bájase el apéndice que sirve á la vez de escala y ancla y se mantiene su estremidad inferior en el fondo del agua con ayuda de unas piedras que van atadas. Los buzos, hombres y mujeres, descienden por esta escalera, y permaneciendo mucho tiempo debajo del agua, recogen la preciosa arena con palas de madera.

Los ot-danoms recogen tan gran cantidad de polvo de oro, que con este solo artículo pueden procurarse todos los productos extranjeros de que tienen necesidad. Jamás salen de su país para comerciar, sino que esperan en él á los mercaderes de Pulu-Petak que les llevan cuanto pueden apetecer.

Sus costumbres tienen mucha analogía con las de los *niadjus* ó *biadjus* que parecen ser de la misma raza, y cuyo nombre hace alusion á esta comunidad de origen, pues *niadju* significa habitante de las tierras altas. Las lenguas de los dos pueblos se parecen tanto que pueden conversar entre sí perfectamente.

No hay comparsas de *bilian* entre los ot-danoms, sino que las hijas y las mujeres de los ricos reemplazan á estas bayaderas de los dayakes del Sur. Aquí sus funciones se limitan á curar á los enfermos, á exorcizar á los espíritus maléficos, á conducir las almas de los muertos á la mansion de los antepasados y á pedir á Dios la felicidad y la fortuna. Para que una hija ó mujer sea digna de este sacerdocio, es menester que el alma de un *san-sang* se haya infundido en su cuerpo; además, mientras dura esta en-

carnacion, debe abstenerse de toda comunicacion con su familia.

Las almas de los muertos no esperan aquí la ceremonia fúnebre como entre los *niadjus* para abandonar la tierra. Asi que los cadáveres son puestos en el féretro, parten para el otro mundo bajo la direccion y guarda de un *san-sang* y al son de los himnos que cantan las *bilian*. Las almas pasan por un puente que comienza en la casa mortuoria y acaba en la mansion de los antepasados.

El cadáver en su féretro es primero puesto al aire libre; despues se limpian los huesos y se queman, guardando las cenizas en urnas que se depositan en el sandong, es decir, en la casa de los muertos. Con ocasion de los funerales, se celebra una pomposa fiesta en que se sacrifican hombres, búfalos y puercos. Las cabezas de las víctimas se suspenden en el sandong. El tomonggog Tundan depositó en el ataúd de su mujer ocho vestidos completos y todos los adornos que la difunta habia usado. Inmediatamente que espiró, inmoló un esclavo, tres cuando el cadáver salió de la casa, y finalmente en la incineracion del cuerpo ocho esclavos, dos búfalos y sesenta puercos.

Los ricos observan una estraña costumbre: el cónyuge superstite no puede por ningun pretexto abandonar la casa durante un tiempo mas ó menos largo, segun los diversas familias. Con frecuencia el viudo ó viuda permanece sentado sobre una estera sin hacer nada, tres, cuatro y aun siete meses.

Los sacrificios humanos tienen tambien lugar en la conclusion de los tratados de paz y de alianza. Empápanse entonces en la sangre humana los talismanes públicos ó privados y las personas que asisten á la fiesta se pintan con ella la frente, el vientre, las rodillas, los hombros, el pecho, los pies, haciendo á la vez votos los unos por los otros.

Las fiestas de los ot-danoms son largas, ruidosas, groseras y terminan frecuentemente en riñas. Hombres y mujeres se embriagan; los querellosos toman sus armas dispuestos á reñir; pero los que conservan aun alguna razon, los separan y atan hasta que se despejan. Despues de este desorden, se ve el suelo lleno de cuerpos privados de la libertad de sus movimientos.

Como todos los indígenas de la isla, los ot-danoms son muy supersticiosos y miserablemente esclavos de sus ridículas creencias. Los extranjeros sienten tambien sus efectos: cuando llegan por la primera vez á ciertos lugares, la costumbre les prescribe el deber de pagar á los habitantes el *balas*, es decir, una suma de dinero para comprar búfalos ó puercos, con cuyo sacrificio se aplaque el enojo de sus dioses. Un *balas* cuesta al viajero, segun sus medios y objeto de su viaje, de 40 á 50 *gulden* (de 80 á 200 francos).

Los ricos ot-danoms han tomado probablemente de los chinos la bárbara costumbre de encerrar á sus hijas á la edad de ocho ó diez años en una estrecha y casi oscura celda. La pobre cautiva no puede salir por ningun pretexto, ni recibir visitas de su padre, madre, hermanos ni aun hermanas. Por espacio de seis ó siete largos años, solo ve á la esclava afecta á su servicio sin otra ocupacion que tejer esteras: sus miembros privados de ejercicio, no adquieren su desenvolvimiento natural; sus pies quedan muy pequeños, lo que es una gran cualidad de mérito para los indígenas. Al llegar á la edad nubil, se le vuelve la libertad y reaparece pálida como una muñeca de cera, vacilante sobre sus débiles piernas é ignorante como un niño recién nacido. Inmólase en tal ocasion un esclavo á fin de pintar con su sangre el cuerpo de la doncella. Esta reclusion, llamada *bakuno*, tiene por objeto hacer célebre á la recluida y conservar sus pequeñas y graciosas formas para atraerle un rico partido.

Entre los ot-danoms, se tienen los perros en grande honor durante su vida y despues de su muerte. Atribúyenles alma espiritual y la tradicion los hace descender de Pati-Palanykaing, rey de los animales. Un dia que este monarca pobremente vestido presidia gravemente la asamblea de los brutos, la escensiva modestia de su traje escitó en los circunstantes grande risa. Ofendido de tal desacato, el rey se lanzó en medio de sus súbditos y los puso en fuga á dentelladas. De aquí se originó su caída, y desde entonces abriga tal odio contra los rebeldes, que puso todo su placer en darles caza. Sus descendientes heredaron sus instintos de odio y esta es la circunstancia que los recomienda á los ot-danoms. Cuando muere un perro, su amo entierra junto á la casa su cadáver envuelto en una tela; deposita arroz y sal en su fosa, derramando encima tambien esta especie de viático á fin de disponer á los dioses en su favor y sea conducida su alma al paraiso de los perros. Finalmente, erige un poste á la memoria de su fiel servidor, y cuelga en esta columna por trofeos las mandíbulas y cabezas de los ciervos cazados por el difunto.

Los ot-danoms se pintorean como los *niadjus*, pero entre los primeros, los dibujos están mejor hechos, son mas complicados y cubren todo el cuerpo á escepcion del rostro. En otro tiempo, esta pintura era mas sencilla; ahora ha sido perfeccionada en virtud de las indicaciones de las *bilian* sobre la manera de acicalarse los *san-sang* (los ángeles). Las mujeres se pintan las tibias desde la rodilla hasta la raiz del pie. Visten un *taparabo* corto, estrecho y ordinariamente azul, ceñido alrededor de las caderas con un cordon de rotang ó una cadena de cobre. Llevan al lado derecho pendientes de la cintura muchos collares de gruesas perlas, que suelen reemplazar con trenzas ó

manojos de yerbas odoríferas entrelazadas de plumas y oropeles. Sus otros adornos son brazaletes de cobre y arracadas del tamaño de una moneda de 20 francos, incrustadas de laminillas de oro. La presencia de estas mujeres es desgraciada por la superabundancia de fuerza y robustez. Son muy activas y aquí como en todo el Borneo se ocupan en los más rudos trabajos. Fabrican tejidos con filamentos de bambú y hojas de árbol y saben pintarlos de diversos colores, especialmente de azul que es su color favorito.

Los hombres llevan, como sus compañeras, brazaletes de cobre y de mariscos; se cubren la cabeza con conerinas suspendidas á una, dos, tres y aun cuatro medias-lunas de oro. Además del *talawang* ó escudo de madera de 3 pies y medio de largo y de 14 pulgadas de ancho, y el *mandó* ó espada, recientemente introducido, los ot-danoms tienen también por instrumentos de guerra, la cerbatana (*sipet*) que provista de una punta de madera de hierro puede servir de pica; el carcaj lleno de flechas enherboladas, que lanzan soplando en la cerbatana; la pica ordinaria y el tridente para la pesca.

En resumen, respecto al carácter, los ot-danoms tienen menos lealtad que los niadjus y son más groseros y disolutos; ávidos hasta el mayor extremo, se entregan á toda clase de concusiones y violencias. Tal era, como ya dije, mi huésped, el tomonggog Tundan.

No sentí separarme de este jefe injusto y rapaz; pero en el momento de mi partida, ocurrió una gran dificultad que me retuvo muchos días en el balemtoa ó parador de Pohon-Batu. Cuando espuse á Tundan mi plan de viaje y le pedí veinte hombres que me ayudaran á ganar por tierra la orilla del Rungan, me hizo toda clase de objeciones concluyendo por una negativa. Por más que le recordé sus promesas y le representé lo moderado de mis pretensiones, no pude conseguir nada y hube de resolverme á enviar á Banjermasing con nuestros barcos todo aquello que no nos era indispensable. Pusímonos á repartir nuestros bagajes y provisiones en fardos de la carga de un hombre, y cuando hubimos embalado lo estrictamente necesario, hallamos que se necesitaban veinte y ocho hombres para el transporte. Yo solo tenía diez y ocho y no podía partir sin que Tundan pusiera á mi disposición los diez restantes. Al oscurecer, una visita que sus mujeres é hijas me hicieron trayéndome algunos pollos y frutas, me hizo esperar que el tomonggog se ablandaría satisfaciendo mi demanda.

Efectivamente, el 15 de diciembre á las nueve, tuve la satisfacción de poder separarme de Tundan y de los suyos. En la desembocadura del río Halelet volví la espalda al Kahayan y me dirigí hacia el Kungan. El Halelet que en la época de las grandes

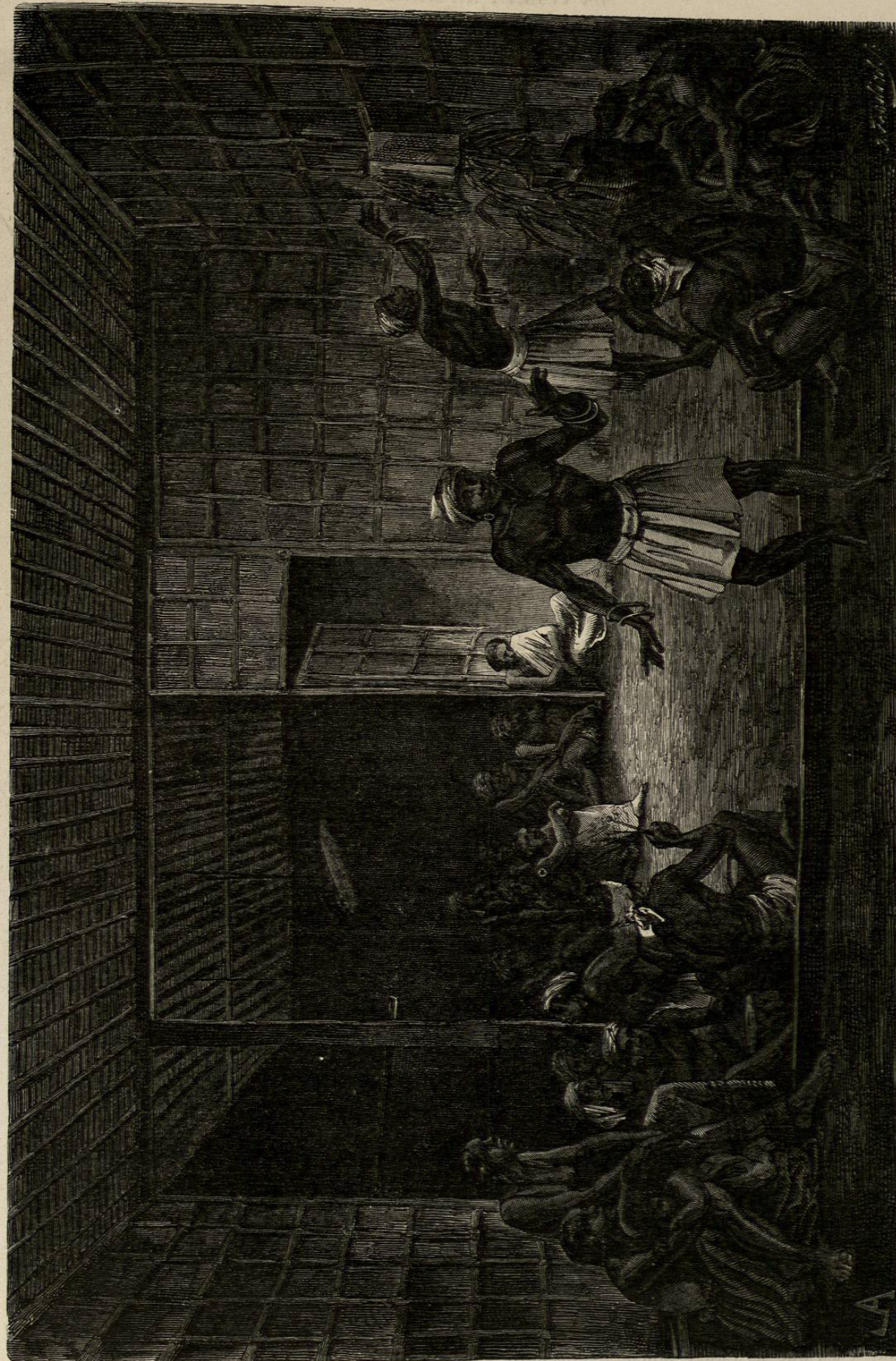
lluvias, es navegable hasta cierta distancia en prahus de mediano porte, estaba entonces seco: de modo que tuvimos que empezar inmediatamente nuestro viaje á pie. Fue preciso trepar colinas, descender valles, atravesar una multitud de pequeños tributarios de aquel río hasta llegar á su origen. Las pendientes son entonces más rápidas, pero no bastante altas para merecer el nombre de montañas. Vimos muchas cabañas y casitas aisladas ó formando pequeñas aldeas. Todas estas habitaciones son temporales, pues solo se hacen para el cultivo del arroz ó explotación de las minas de oro. Los campos cultivados y los yerbazales se sucedían en las laderas de las colinas, sin que hubiera otra variedad de vegetación en el paisaje.

Siguiendo las orillas del Tahoyan, tributario del Rungan, que serpea entre colinas, llegamos á un ancho y hermoso valle, donde se eleva el *kotta* Hantapan en la margen derecha del Tahoyan, *kotta* que no tiene semejanza por su regularidad y belleza en las orillas del Kahayan ni del Kungan. Por la tarde fuí acometido súbitamente de una fiebre que duró una gran parte de la noche y me debilitó de tal manera, que tuve necesidad de reposar todo el día 17 de diciembre.

El 18, bien que no estuviera bueno aun, quise continuar mi viaje. Embarquéme con dos remeros en una canoa y descendí el Tahoyan que, como todos los ríos de países montuosos, está obstruido de rocas, de bancos de arena y de ramas de árbol hundidas en el lecho ó suspendidas en la orilla. Tuve que pasar muchas cataratas, de las que la más importante, la de Sambarú es tan peligrosa, que fue menester descargar la barca y arrastrarla en seco para botarla al agua más abajo. En este paraje, el camino que conduce á Rungan cesa de costear el río, y mis hombres que me habían seguido á pie, se separaron de mí para ir á esperarme al kampong de Menihan.

Descendí el Rungan hasta *kotta* Menihan, donde me detuve dos días acometido de fiebre. El 21 de diciembre, me hallé en estado de continuar mi viaje; pero tan débil estaba, que hube de abandonar el proyecto de ganar por tierra las orillas del Menohing. Tomé el partido de descender en barca hasta la confluencia de este río en el Rungan, remontándolo después hasta el paraje por donde pasa el camino que conduce al Kahayan.

El 23 de diciembre llegué á la embocadura del Menohing. En este sitio el río no cede en anchura al Kungan, pero muy pronto se estrecha entre bordes más elevados. A medida que se consolida el suelo, el espeso bosque que cubre las comarcas pantanosas, viene á hacerse muy escaso: los colonos han descuajado anchos espacios, y se descubren al través de la sombra espesa, alegres cultivos y viviendas rodeadas de árboles frutales. En la margen derecha del río, me



Exorcismo para curar un enfermo entre los dayaks ot-danoms.

detuve frente á las ruinas de un gran *benteng* (pueblo fortificado), sito en medio de una fértil campiña sembrada por cocoteros y otros árboles frutales. Según se me dijo, había sido abandonado á consecuencia de una gran epidemia que mató á la mayor parte de sus habitantes. Había, en efecto, al rededor del kampong, una gran cantidad de ataúdes colocados sobre estacas y veíanse blanquear los esqueletos al través de algunos agujeros de los ataúdes maltratados por el tiempo.

VIAJE A LO LARGO DE LOS RIOS LUPPAR Y KAPUAS,

EN LA PARTE OCCIDENTAL DE BORNEO.

POR MAD. IDA PFEIFFER.

1852.

I.

De Sarawak á Sacaran.—Visitas á los dayakes.—Usos y costumbres de los salvajes.—Sus trajes.—Horribles trofeos.

...Después de haber admirado en Sarawak los trabajos hercúleos y las obras civilizadoras del rajah Brooke, me dirigí hácia el río Sacaran, que marca hácia el Norte el límite de sus Estados los mejor gobernados de toda la isla. Mr. Lee, el comandante del distrito, me recibió de la manera más amable en el fuerte de madera que el rajah ha hecho construir para seguridad de esta parte de sus fronteras.

El río Sacaran es algo más considerable que el Sarawak; pero á 30 leguas de su embocadura se divide en dos brazos: cerca del más pequeño, llamado el Luppar, es donde está el fuerte.

Sus márgenes están alternativamente rodeadas de nipas, bosquecillos, jungles y arrozales. Aquí también, como en las orillas del Sarawak, se esparce el agua en muchos parajes del interior de las tierras, lo que sucede en la mayor parte de los ríos de Borneo. Sus márgenes son tan bajas, que todo está sumergido á muchas leguas y no hay más que pantanos y aguas azules.

Luego que Mr. Lee supo mi llegada y el objeto de mi viaje al interior, comunicó la noticia á los indígenas que acudieron de todas partes á verme; porque ninguna mujer blanca había penetrado aun en aquellas regiones. Fue, pues, preciso prestarme á satisfacer esta curiosidad desde por la mañana hasta la noche. Pero los curiosos así malayos como dayakes, se mostraron muy reservados; en vez de importunarme con preguntas, se contentaron con tenderme la mano, sentarse á mi alrededor y mirarme en silencio con la boca abierta.

El día siguiente volví algunas visitas. Ví que en casa de los malayos todo estaba organizado como en Sarawak, y así que no estuve mucho tiempo entre

Por una de aquellas roturas metí la mano para sacar un cráneo, pero al punto se hicieron oír ciertos gritos agudos y la sorpresa me hizo retroceder algunos pasos: eran murciélagos que despiertos á mi acción, escapaban en tropel de su retiro.

El 25 de diciembre encontré en Tompat-Tornoa á toda la gente que había dejado en Menihan. Algunos días después, entraba otra vez en los establecimientos neerlandeses.

ellos: preferí visitar en las inmediaciones una tribu de dayakes independientes, de esos que los ingleses y holandeses llaman *cazadores ó corta-cabezas* de Sacaran. Allí ví una gran cabaña de unos 60 metros de largo. En la *veranda* había colgados tantos objetos de mercería, que hubiera tomado á aquellos dayakes por mercaderes á haber este gremio entre ellos. Veíanse por todas partes telas de algodón ó de corteza trenzada, magníficas esteras, bellos canastos de todas formas, de todos tamaños y de un trabajo esquisito. Descubríanse en otros sitios algunos de esos vasos preciosos de que he hablado y aun no me explicaba yo la estimación que este pueblo pone en eso. En las paredes estaban colgados los *parang*, los *tambore* y los *gong*. Todas las riquezas estaban espuestas allí, sin olvidar las grandes pilas de bambú, los puercos preparados, los sacos de arroz amontonados y otras provisiones.

Estos dayakes, incomparablemente más adornados que los vecinos de Sarawak, estaban casi todos cubiertos de joyas. Tenían el cuello hasta el pecho, sobrecargado de perlas de vidrio, de dientes de oso, de mariscos; ostentaban los brazos hasta los codos y los pies hasta media pierna adornados de círculos de metal; algunos de ellos llevaban en lo alto del brazo un brazalete hecho de conchas blancas que tiene entre ellos mucho precio. Pero lo que estiman sobre todo, es un collar y un brazalete de dientes humanos. También atraviesan sus orejas con anillos de metal: en algún dayak he contado hasta quince anillos enlazados uno en otro; el mayor tocaba en el hombro y tenía seguramente 3 pulgadas de diámetro. En este último aro se prendía aun una hoja, una flor, una cadenilla de metal ó cualquiera otra zarandaja. Algunos ceñían la cabeza con una especie de gorro de tela roja, guarnecida de perlas, conchas, láminas de metal ó plumas de pavo real. Otros llevaban alrededor de la frente, un pedazo de tejido de corteza en forma

de guirnalda, cuyas puntas anchamente frangeadas, parecían plumas encrespadas. Un hombre adornado de este modo, cubierto de tantas zarandajas por arriba y desnudo por abajo, tiene en verdad un aspecto cómico.

Las mujeres llevaban menos objetos de adorno: no llevaban zarcillos, ni collares de dientes de oso, y rara vez perlas de vidrio. En cambio su *raway*, llamado aquí *sabit*, de 8 á 9 pulgadas de ancho, estaba guarnecido de una infinidad de anillos de metal ó de plomo. Por curiosidad suspendí uno de estos taparabos y sin exagerar, su peso me pareció ser de veinte libras.

Mr. Lee solicitó del jefe el favor de que se ejecutara la danza de las espadas. Al efecto cruzaron y pusieron en tierra dos *parang*. Los danzantes eran dos jóvenes adornados como para una fiesta. Tenían alrededor de la cabeza pañuelos rojos y estrechos, guarnecidos de pequeñas franjas de oro, y sobre los hombros una larga banda de estofa de color, á modo de chal. La danza era en verdad graciosa y decente: Los dos bailarines tomaban bellas posturas y ejecutaban sus movimientos con mucho arte. Primero danzaron algunos minutos alrededor de las espadas; después hacían como si quisieran levantarlas, pero retrocediendo siempre con espanto: levantáronlas al fin realmente y las cruzaron de la manera más diestra, como verdaderos maestros de esgrima. No he visto nunca ejecutar entre salvajes más bella danza. La música se componía de dos tambores y un *gong*.

El mismo día fui también á visitar otra tribu situada más arriba del río. Todo se parecía á lo que había observado en la primera: solo que en la segunda ví dos cabezas humanas cortadas poco tiempo hacía. La otra tribu no carecía ciertamente de semejantes trofeos, pero estaban ya secos como cabezas de momias, mientras que estas frescas aun ofrecían un horroroso espectáculo. El humo las había denegrido como el carbon, la carne estaba á medio secar, la piel intacta, arrugados los labios y las orejas, la boca estremadamente abierta, dejaba ver las mandíbulas en todo su horror. Las cabezas estaban aun cubiertas de espesos cabellos, una de ellas tenía los ojos abiertos y se le veía casi secos hundidos en sus órbitas. Los dayakes las sacaron de la jaula en que las habían colgado, á fin de que las viera yo de cerca, y siempre recordaré aquel horrible espectáculo.

Cortan estos salvajes las cabezas tan á cercen del tronco, que hay que reconocer en ellos extraordinaria destreza para el caso. Al tomar las cabezas les escupieron en la cara, los muchachos las golpearon y escupieron en tierra. Sus semblantes, ordinariamente tranquilos, tomaron entonces una terrible expresión de ferocidad.

Me estremecí ciertamente, pero no pude menos de

convenir en que nosotros los europeos, lejos de ser superiores á aquellos salvajes despreciables, valemos mucho menos que ellos. ¿Todas las páginas de nuestra historia no están llenas de crímenes, de asesinatos, de traiciones de todas clases? ¿Qué hay comparable á las guerras de religión en Alemania y en Francia, á la conquista de América, al derecho del más fuerte y á la inquisición? Y aun en nuestros tiempos, ahora que por las formas exteriores somos más cultos, más civilizados ¿somos por ventura menos crueles? No es, no, una miserable cabaña como la de los ignorantes y bárbaros dayakes, sino magníficas salas, los más grandes palacios, los que muchos hombres célebres de Europa podrían adornar con cabezas sacrificadas á su ambición y á su sed de poder. ¡Cuántos millares de hombres han sido inmolados por satisfacer á los deseos de conquista de los grandes capitanes! La mayor parte de las guerras ¿no se han emprendido por saciar la codicia y ambición de un solo hombre? En verdad me admiro de ver como nosotros los europeos osamos fulminar anatemas contra pobres salvajes que matan á sus enemigos como nosotros á los nuestros, pero que á lo menos pueden escusarse diciendo que no tienen ni educación, ni religión que les predique la dulzura, la clemencia, el horror de la sangre.

Léese en muchas descripciones de viajes, que los dayakes demuestran su afecto á sus amadas depositando á sus pies una cabeza de hombre. Sin embargo, un viajero ilustre, Mr. Temming, asegura que no es esto verdad y yo estoy tentado de seguir su opinión. ¿Dónde tendrían todas esas cabezas, si hubiera de hacer cada novio á su novia tal presente?

La triste costumbre de la degollación, parece más bien venir de la superstición; porque si algún rajah cae enfermo ó emprende un viaje, él y su tribu hacen la ofrenda de una cabeza humana caso de curación ó de feliz vuelta. Si muere el rajah, se sacrifica otra ó dos. En los tratados de paz, muchas tribus suministran igualmente de una y otra parte, un hombre para el sacrificio; pero la mayor parte de las tribus solo sacrifican puercos.

Si se hizo voto de una cabeza, hay que procurársela á todo trance. En este caso, algunos dayakes se ponen en emboscada, ocultándose entre los matorrales, ó entre ramas de árboles cortadas, ó debajo de hojas secas, y así espían á su víctima días enteros. Cualquiera ser humano, hombre, mujer ó niño se acerca... esa es la víctima. Primero le asestan un dardo emponzoñado; después se lanzan sobre ella como tigres sobre su presa. De un solo golpe separan la cabeza del tronco; ocultan cuidadosamente el cuerpo y meten la cabeza en un canasto, destinado especialmente para tal uso y adornada con cabellos humanos.

Estos asesinatos son naturalmente ocasión de san-